



**Ga.10.948**

DISCULTUREO APPERTUURA  
CUIRSCO 1890 A 1891









~~Foll 9-8~~

# DISCURSO

LEIDO

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO

DE

## 1890 Á 1891

en el

### SEMINARIO CONCILIAR C. COMPOSTELANO

POR EL DOCTOR

**DON VICENTE PÉREZ SANDAR,**

Catedrático de S. Teología.



SANTIAGO:

Imp. y Enc. del Seminario Conciliar Central

1890

Ca - 10948

Etiqueta Verdeolea

Ca. 10948

A. 112.949

Folle - 9

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00040016

# DISCURSO

LEIDO

EN EL ACTO SOLEMNE DE LA APERTURA

DEL CURSO ACADÉMICO

DE

## 1890 Á 1891

en el

### SEMINARIO CONCILIAR C. COMPOSTELANO

POR EL DOCTOR

Don VICENTE PÉREZ SANDAR,

Catedrático de S. Teología.



SANTIAGO:

Imp. y Enc. del Seminario Conciliar Central

1890





EXCMO. É JLMO. SR.ª

**A**NTE el deber calla toda consideración por fundada que sea. Si así no fuera, nunca me hubiera yo atrevido á levantar mi humilde voz en presencia de tan ilustrado auditorio para desarrollar un tema, objeto del discurso inaugural del presente curso de 1890 á 1891; tarea noble, es verdad, pero difícil y penosa, especialmente para quien como yo cuenta con escasas y débiles fuerzas.

Embarazosa, pues, y difícil es mi situación, tanto más cuanto que, si los asuntos que al entendimiento se me ofrecen, son numerosos y fécondos, la misma abundancia de la materia, su

riqueza y extensión vienen á convertirse en dificultad, porque el ánimo no acierta á decidirse, y no sabiendo lo que he de tomar ni lo que debo desechar, surgen las vacilaciones, que siempre dañan al que ha de llevar á cabo alguna empresa.

En efecto, basta contemplar el prodigioso vuelo que en los tiempos actuales han tomado las cuestiones, que más ó menos de cerca atañen á la religión, para convencerse de la inmensidad de asuntos de altísima importancia que se ofrecen á nuestra consideración. Ya no es, ciertamente, la audaz herejía del siglo XVI quien llama con redoblados golpes á las puertas de la fé, quien opone dificultades, ó inventa hechos falsos. Esta funesta herejía, fecundo manantial de innumerables males, á los rudos y mortales golpes que sobre ella descargaron manos tan firmes y hábiles como las del inmortal Balmes y del insigne Bossuet, llegó á tal período de decadencia, que hubo de ceder libre paso al racionalismo, viniendo de este modo á ser el fondo de los errores, en materia de religión, la negación de lo sobrenatural revestida de variadas formas. Ora se presenta bajo la forma de la filosofía

trascendentalista, racionalismo filosófico, como puede verse en Schelling y Hegel; ó se atreve á negar lo suprasensible, y se nos ofrece la filosofía positivista. Este movimiento se acentúa sobre todo en las escuelas materialistas, como puede verse en las enseñanzas de Molescot, Büchner y Haekel. Por otra parte, el especialismo científico, registrando hechos, y aventurando extrañas doctrinas, viene á poner con atrevida mano supuestos conflictos entre la religión y la ciencia, ofreciéndonos libros como los del profesor americano Draper; y penetrando por último las negaciones filosóficas en el terreno de las ciencias políticas y sociales, producen frutos tan amargos y detestables como el amenazador socialismo, y doctrinas tan funestas como el liberalismo, no menos perjudicial á la libertad y derechos de la Iglesia, que al orden y bienestar material de los pueblos.

Ciertamente, señores, á nadie se oculta, que una nube de errores, una lluvia de funestas doctrinas que, cual olas de embravecido mar, se empujan y suceden, amenaza los más caros intereses de la fe católica; á nadie se oculta, que la negación contemporánea va llevando á cabo

una espantosa demolición intelectual, merced á la cual, desde todos los puntos del horizonte se levantan sobre nuestras cabezas espesas tinieblas, que formando sombrías y negras nubes, amenazan quitarnos la luz del sol; abriéndose á los repetidos golpes de negaciones radicales, abismos, en cuyo fondo se verá luego sepultada una sociedad radiante de alegría y coronada de flores, si no se convierte pronto hacia la idea cristiana. La incredulidad contemporánea, con sus lógicas y espantosas consecuencias en el terreno práctico, semejante al genio del mal, bate hoy sus negras alas sobre la Europa, amenazándola de tremenda catástrofe, y sus adeptos, movidos por odio é inspiración satánica, no se dan punto de reposo para combatir y, si posible fuera, destruir esa gran fábrica de la Iglesia, sostenida por el Omnipotente brazo de Dios y gloriosamente defendida por los publicistas católicos.

Imposible de todo punto es abarcar en las breves páginas de un discurso la historia entera y el examen minucioso de todos estos errores; mas como forzoso es decidirme, considerando que entre las importantísimas cuestiones que se

dilucidan en el espacioso campo de la teología, ninguna es quizá más transcendental, ni con más empeño combatida en los tiempos actuales, que la que se refiere al dogma de la Creación, me ha parecido bien y de notoria utilidad estudiar este misterio desde el punto de vista filosófico y en sus relaciones con las ciencias experimentales. Al efecto, me propongo exponer á vuestra ilustrada consideración algunas sencillas reflexiones encaminadas á demostrar: LA RACIONALIDAD DEL MISTERIO DE LA CREACIÓN Y SU NECESIDAD DEDUCIDA DE LA INSUFICIENCIA DEL MATERIALISMO PARA EXPLICAR EL ORIGEN Y LA NATURALEZA DE LOS SERES.


No por mera fórmula, Excmo. Sr., que con vuestra presencia realizais y dais mayor brillo y esplendor á este solemne acto académico, no por mera fórmula, ni por el deseo de imitar á aquellos que ocultan su saber con el hermoso velo de la modestia, imploro hoy vuestra paternal benevolencia; la imploro igualmente del ilustrado claustro de profesores y de todos los que bondadosamente me prestan su atención; muéveme á implorarla, por una parte la convicción de que

la necesito más que otro alguno, y por otra la escasa suerte con que tal vez habré elegido el tema de mi discurso, ya que seducido por su importancia, que no dudo reconoceréis conmigo, acaso no haya reparado bastante en las dificultades que ofrece, y que reclamaban ciertamente otra inteligencia, otra preparación y otra pluma que la mía.





# I

UANDO el hombre extiende sobre los seres que le rodean así los ojos materiales de su cuerpo, como los de su inteligencia, destello de la razón increada, y ve pasar por delante de sí, formando un inmenso espectáculo, los cielos y la tierra; cuando ante la actividad que llena el Universo, el hombre, reconcentrando su energía en la contemplación de los objetos que se ofrecen á su vista, percibe el hálito de vida que mueve y agita los seres, siente el impulso de la savia que recorre el interior de las plantas, arrastrando en inquieto torbellino las moléculas necesarias para su crecimiento y des-

arrollo, y volviendo su atención á sí propio ve brotar de su mente la luz de las ideas y de su voluntad la acción que le ennoblece y le eleva sobre todas las criaturas visibles; en una palabra, cuando el hombre contempla el mundo entero desplegando ante su vista su belleza y sus magnificencias, la primera necesidad que siente como ser racional es la de darse cuenta de todo lo que ve; como espectador inteligente quiere conocer el espectáculo de que es testigo, y si de alguien no ha recibido la clave de este enigma, el primer problema que atormenta su imaginación y demanda solución á su inteligencia es éste: ¿Qué es el mundo y de dónde procede? Esos objetos que se ofrecen á mi vista; ¿existen y se mueven por sí mismos sin otra causa, ó hay detrás de lo que aparece á nuestros sentidos algún ser cuya acción explique á la vez que su existencia, su movimiento, sus leyes y su vida?

Difícilmente se podrá hallar cuestión alguna más radical ni más necesaria que ésta. Verdad es, que no faltan hombres que se contentan con conocer los fenómenos, sin investigar sus causas; sabios que ven pasar y sucederse los seres, como pasan y suceden las aguas de caudaloso

río, sin intentar remontarse hasta sus orígenes; de grado ó por fuerza el espíritu humano suscita esta cuestión. Por esta causa se observa que el origen y la existencia de los seres es el gran problema que atormenta á nuestra época, percibiéndose como una voz profunda, que saliendo de todos los sistemas y de todas las escuelas del racionalismo, clama sin cesar: ¿de dónde procede y cómo subsiste el mundo?

No hay necesidad, señores, de ofrecer aquí la reseña de todos los sistemas ideados y propuestos como contestación á esta inquieta y turbada voz, á este clamor universal; bastará á mi propósito que me fije en la doctrina católica y en la solución materialista; los dos principales sistemas que subsisten hoy en el campo de la ciencia, los dos que cuentan con decididos y enconados adversarios y cada uno de los cuales se propone resolver la cuestión del origen y existencia de los seres.

La doctrina católica, de acuerdo con la filosofía tradicional, y aun con el racionalismo espiritualista, enseña que el mundo y todos los seres que lo constituyen, ya sean espirituales, ora sean materiales, han recibido su existencia

de manos del Supremo Hacedor por medio de la creación de la nada. Sin embargo, al enseñar la fe cristiana que el mundo ha sido creado por Dios, no determina, si ha sido producido en el mismo estado en que hoy se halla y con el mismo orden, que en él brilla y resplandece; ó si tan sólo creó Dios la primera materia, la materia caótica, la cual en virtud de las leyes que le marcó la Sabiduría infinita fué desarrollándose y perfeccionándose hasta llegar al estado y al orden actual.

Sabido es que muchos sabios modernos, algunos profundos conocedores de las ciencias naturales, sostienen teorías é inventaron hipótesis, que á la vez que manifiestan el poder del genio humano, nos permiten penetrar en la inmensidad de la creación y asistir al génesis y desarrollo del Universo. Tal es la concepción de la nebulosa primitiva, ideada por Descartes, adoptada por Kant, formulada más científicamente por la Laplace, y modificada por Faye; teoría destinada quizá á nuevo perfeccionamiento, que la aproxime más á la verdad. No deben, pues, confundirse dos cuestiones esencialmente distintas en la presente materia; el origen y la forma-

ción del Universo. La primera corresponde al acto inmediato de Dios, al acto creador propiamente dicho; la segunda se refiere á las evoluciones ó transformaciones de la materia inicial en virtud de las leyes establecidas por la Suprema Inteligencia, leyes cuya determinación constituye el objeto de la ciencia. La doctrina católica, con tal que se admita el dogma de la creación primitiva, permite la más amplia libertad á las ciencias cosmológicas, de modo que puedan moverse con holgura en este inmenso campo, sin que sus investigaciones puedan provocar jamás conflicto alguno verdadero entre ellas y la religión.

Pero ¿qué se entiende por creación? ¿En qué sentido debe tomarse la palabra crear? Crear es producir; pero no toda producción es creación. Hay dos maneras de crear profundamente distintas y tan separadas una de otra, como lo están lo finito de lo infinito. El hombre es también á su modo creador; pero sus creaciones llevan el sello de lo finito, existiendo un límite más allá del cual nunca pueden pasar, y su virtud no llega á lo que constituye la esencia de las creaciones divinas; esto es, á crear el ser, la sustancia

y la vida. Solemos decir que el artista crea sus ideales y el rey sus ministros, pero estas creaciones son muy imperfectas é inferiores á la verdadera creación, á la creación *ex nihilo*, con que Dios comunicó la existencia al mundo. Se le asemejan, es verdad, en cuanto hacen ser real y efectiva una cosa que antes era meramente posible; pero se distinguen esencialmente de ella, pues nunca producen el sujeto y la materia en que tales creaciones se reciben. El artista no produce la materia en que realiza su ideal, ni comunica la existencia á su entendimiento en que tales ideales tienen su asiento. El hombre engendra, transforma y modifica, pero nunca crea en el sentido propio y riguroso. Crea el hombre las modificaciones del ser, nunca produce el mismo ser; combina las propiedades de la materia y los elementos que la constituyen; pero sólo á Dios está reservada la creación de estos mismos elementos. En una palabra; todo el poder del hombre se limita á dirigir la fuerza; sólo á Dios está reservado crear esta misma fuerza y sostenerla después de haberla creado, sólo á Dios está reservado crear el mismo ser y la sustancia de las cosas.

Resulta, pues, de esto que la creación *ex nihilo* es una acción especial, que consiste en la producción total del ser, que por medio de ella es llamado á la existencia; producción que hace efectivo el ser que antes no era, ni en sí mismo, ni en los elementos que lo constituyen; y en este comenzar á ser total y completo de algún sujeto es lo que, según la filosofía cristiana y la enseñanza tradicional de la Iglesia, se entiende por creación, cuando afirmamos que el mundo ha sido creado por Dios de la nada.

He ahí el sentido en que la Iglesia católica interpreta las primeras palabras del Génesis *in principio creavit Deus coelum et terram*; Dios, por su voluntad libre é infinitamente eficaz, lo quiso y el mundo pasó de la nada al ser. He ahí el misterio que el cristianismo coloca al principio de todas las cosas; misterio no sólo posible y racional, sino el único que puede explicar satisfactoriamente el origen del mundo, la única solución que la razón acepta respecto al origen y existencia de los seres, y que puede soportar las miradas de la ciencia.

## II

Lo primero que alega la escuela materialista contra la doctrina católica acerca del origen del mundo es la imposibilidad de la creación. Ningún inconveniente tendríamos, nos dice, en admitir el dogma de la creación, si no viésemos en él más que un misterio, que la razón humana no puede comprender; pero ¿cómo quereis que nuestra razón admita que el mundo ha sido creado de la nada, si la creación es imposible?

No quiero recordar, señores, para contestar á este modo de discurrir, los gloriosos nombres de Tertuliano, Orígenes, San Agustín, Santo Tomás y los de todos los Padres y Doctores de la Iglesia: no haré mención de que Galileo, Newton, Euler, el P. Secchi y tantos otros sabios de primer orden, á quienes debe la ciencia sus más brillantes adelantos, creyeron, explicaron y defendieron este dogma; no diré que es opuesto á toda razón el suponer que esos grandes hombres,

esos genios eminentes, antorchas de la ciencia y de la humanidad, hayan sido unos pobres mentecatos, pues no alcanzaron que la creación es imposible, ni comprendieron que es un absurdo el defender que el mundo haya sido creado por Dios; ó unos espíritus supersticiosos, si, habiendo notado este absurdo, insistieron en creerlo y defenderlo. No emplearé este argumento de autoridad, pues bien sé que la incredulidad contemporánea me dice por conducto de Rouseau: "Fuera la autoridad! Para someter mi razón, necesito razones y muy buenas razones." Ven-gamos, pues, al terreno de la razón, y veré si consigo demostrar que no existe tal imposibili-dad en el misterio de la creación.

Dos son las especies de imposibilidad: la im-posibilidad relativa, y la imposibilidad absoluta. La imposibilidad relativa consiste en la incapacidad de un sujeto para existir, fundada en la ca-rencia de una causa dotada de poder suficiente para producirlo: la imposibilidad absoluta con-siste en la misma incapacidad ó falta de aptitud de un ser para recibir la existencia, fundada en la incompatibilidad de las notas ó elementos que lo constituyen. El imposible relativo se refiere al

poder, y es el que encuentra dificultad: el absoluto es el que envuelve contradicción, y en ningún caso puede realizarse. La resurrección de un muerto es imposible con imposibilidad relativa para las criaturas; pero no lo es con imposibilidad absoluta, pues ninguna repugnancia ó contradicción existe en que el ser que haya vivido, vuelva otra vez á la vida, aunque la hubiera perdido. Que la materia piense, que exista un efecto sin causa, que Dios, bondad infinita, cometa un pecado, son cosas imposibles con imposibilidad absoluta; porque el pensamiento repugna á la naturaleza de la materia, la falta de causalidad repugna á la naturaleza del efecto, y el pecado á la de Dios.

Pues bien; el misterio de la creación no es imposible ni por falta de poder ó por imposibilidad relativa, ni por imposibilidad absoluta. En primer lugar no se opone á la creación la imposibilidad relativa.

Verdad es, que todo agente que ha de producir algún efecto, debe poseer una fuerza tanto mayor, cuanto mayor es la resistencia que encuentra; cuanto más frío, por ejemplo, está un cuerpo, mayor es la cantidad de calor que se

necesita para calentarlo. También es cierto, que consistiendo la creación en la producción total del ser y mediando entre la nada y el ser una distancia infinita, claro está que la nada opone una resistencia infinita á la acción que intenta hacerla pasar al ser; de donde resulta que la creación exige una virtud infinita.

Però no es menos cierto, que un agente dotado de esta virtud infinita puede vencer la resistencia que la nada opone á la producción del ser, y puede por lo tanto crear. Pues bien; este poder infinito, esta virtud y eficacia, esta condición esencial para crear se halla en Dios. ¿Cuál es, en efecto, la primera idea, la idea más sencilla, más natural y necesaria que la razón, de acuerdo con la fe, nos da de Dios? ¿No es verdad que así la fe, como la razón, perfectamente acordes, nos dicen que Dios es infinito, es decir, un ser sin privación de perfección alguna, un ser absolutamente completo, y, por decirlo así, el *non plus ultra* de toda realidad y de toda perfección? Un Dios que se ofreciese á nuestra razón como finito, como un ser á quien faltase alguna perfección, sin reparo alguno lo rechazaríamos porque Dios y ser finito son términos contradicto-

rios. Si faltase alguna perfección al Dios de nuestra fe, de nuestro amor y de nuestra adoración, ni un instante vacilaríamos en desecharlo, pues el Dios que como cristianos reconocemos y adoramos, es un Dios infinito, y que posee en sumo grado todas las perfecciones.

Pero si Dios es infinito en su ser y en su esencia, debe serlo también en su poder y virtud. En primer lugar, porque en Dios, á diferencia de los seres finitos, todo se identifica con su misma esencia, de manera que el poder y los demás atributos divinos constituyen el ser mismo de Dios, y siendo este ser infinito, también debe serlo su poder.

En segundo lugar; en todo sujeto la virtud y poder para obrar resultan de su esencia, siendo en todo conforme á la naturaleza de ésta y como un reflejo y fiel espejo que la representa: luego Dios infinito en su ser, en su esencia, necesariamente lo es también en su virtud y poder. Tiene, por consiguiente Dios, un poder infinito. ¿Y qué significa poseer un poder infinito, sin poseer á la vez el poder de hacer las cosas en su integridad absoluta, sin poseer el poder de dar á las cosas no sólo la forma, sino también el ser mismo, es-

to es, sin el poder de crearlas? Es, pues, indudable, que el misterio de la creación no es imposible por imposibilidad relativa, esto es, por una imposibilidad dependiente de falta de poder, pues la virtud infinita de Dios es una causa proporcionada, una causa absolutamente capaz por su naturaleza de producir semejante efecto.

Tampoco se opone á la creación la imposibilidad absoluta, pues ninguna contradicción ó repugnancia hay en que una cosa pase del estado de posibilidad, ó de la nada, á la existencia, mediante el infinito poder de Dios.

“Para formarnos idea de la creación, dice Clarke, discípulo de Newton (1), no debemos imaginárnosla como se la imaginan los incrédulos, como la formación de una cosa sacada de la nada, como de una causa material. Crear es dar existencia á una cosa, que antes no la tenía. Desafío al mayor sofista á que encuentre contradicción formal y directa en esta idea.”

La creación es, sí, un misterio, una de esas verdades que la razón humana nunca llegará á comprender; una verdad oculta en un abismo sin

---

(1) De la existencia de Dios.

fondo, y bajo un cortinaje de tinieblas, que la ciencia nunca llegará á rasgar por completo. Sabemos y afirmamos que el mundo fué creado de la nada, y que la potencia creadora radica en la Omnipotencia y en la libre voluntad de Dios; pero no podemos explicarnos el cómo. El acto creador es un acto misterioso y lo será siempre para el hombre, incapaz de fecundizar la nada. Sólo Dios puede crear, y de aquí que sólo Él conozca y comprenda este profundo misterio. En una palabra, afirma y enseña la doctrina católica, que la creación es oscura como todo misterio, pero protesta contra la aserción de que es absurda é imposible.

Pero, ¿cómo la nada puede llegar á constituir el ser? ¿No veis, nos dice el materialismo con aire de triunfo, y como si presentase una dificultad nueva y que no hubiera sido mil veces refutada, no veis que vuestra doctrina acerca de la creación se estrella contra el evidente principio filosófico, de la nada no puede hacerse cosa alguna, *ex nihilo nihil fit*? ¿Quién duda que cero multiplicado por cero, nunca dará más que cero? Pues del mismo modo, nada añadido á la nada, dará eternamente nada. Por mucho que se dis-

curra, nunca se logrará que de la nada resulte el ser, y por lo tanto la creación es absolutamente imposible.

Esta dificultad con la que se pretende refutar el misterio de la creación, se apoya en una alucinación de la fantasía, que transporta al dominio del espíritu procedimientos del mundo material, y pone en juego, no ideas, sino imágenes y representaciones sensibles; de manera que considera la creación como una transformación ó cambio de la nada en sustancia, del mismo modo que las flores y frutos son transformaciones de la materia terrestre de que se alimenta el vegetal.

Ciertamente, si considerásemos la nada como una materia preexistente, que se cambia y transforma en mundo, la razón estaría de parte de nuestros adversarios, y el axioma "de la nada, nada se hace", sería incontestablemente verdadero. Pero la creación no es eso. La creación no es la conversión de la nada en ser, y del no ser en sustancia, sino el acto de una voluntad omnipotente que hace que sea y exista lo que antes no era. Cuando afirmamos que el mundo fué hecho de la nada, no queremos decir que la nada

sea como el origen y la materia de los seres, sino que con esta expresión significamos el orden sucesivo del tránsito de las cosas de un estado á otro; y en este sentido es falso que nada pueda hacerse de la nada, pues un poder infinito puede muy bien hacer que lo que antes no era, principie á existir. ¿Acaso el genio del hombre, cuando produce obras de literatura, de ciencia, ó de arte, no efectúa también verdaderas creaciones? Verdad es que se sirve de ideas adquiridas, de un idioma que conoce y de materiales que tiene á la mano; pero la forma que da á todo esto no la toma de parte alguna; la crea el mismo de la nada en virtud de sus facultades. Y si esto sucede con el genio del hombre, ¿por qué no ha de suceder lo mismo con el espíritu de Dios? Si el hombre crea la forma, ¿por qué Dios no ha de poder crear de la nada las sustancias?

No, los esfuerzos y las sutilezas de la incredulidad nunca lograrán demostrar que es absolutamente imposible, que el mundo comenzase á existir por la virtud de un poder infinito. Al contrario, la imposibilidad y contradicción está en negar la creación. El filósofo que al admitir que el poder de Dios es infinito, se atreve á negar

que la Omnipotencia divina haya podido crear el mundo de la nada, con esta negación pone un límite á este mismo poder que reconoce y admite como infinito, y afirma, por consiguiente, que el poder de Dios es á la vez finito é infinito, y que Dios es y no es Omnipotente. Esto sí que es contradicción verdadera, manifiesta y evidente. Pero el misterio de la creación ninguna contradicción encierra, pues si hay imposibilidad absoluta en la existencia y no existencia simultánea de las cosas, nunca la habrá en la existencia y no existencia sucesiva de las mismas cosas.

Luego si la creación no es imposible, ni por imposibilidad relativa, puesto que Dios tiene un poder infinito, al que ni aun la nada resiste, ni por imposibilidad absoluta, puesto que ninguna contradicción puede haber en que el mundo hubiese pasado de la nada, ó del no ser, á la existencia, claro y evidente es, que pudo Dios crear el mundo de la nada, y que nuestra fe en este dogma es racional.

### III

Diametralmente opuesta á la doctrina católica es la solución que presenta la escuela materialista acerca del origen de los seres. Para el materialismo no hay más criterio de verdad que la experiencia sensible y material; no hay más seres que aquellos, cuya existencia atestiguan los sentidos; y los seres espirituales y las causas primeras de que nos habla la metafísica, son fantasmas de imaginaciones delirantes, que construyen á voluntad mundos ideales, poblándolos de entes de razón y de seres imaginarios. No hay más seres reales que la fuerza y materia, ó mejor dicho, la única realidad es la materia, la cual merced á la fuerza de que se halla dotada, se desarrolla, se eleva, se perfecciona y se transforma, produciendo por este medio todos los seres, cuya existencia nos revelan los sentidos. La materia y la fuerza son eternas é infinitas, como lo es el mundo, el cual no es otra cosa

que el conjunto de cuerpos y fenómenos resultantes de la transformación sucesiva y de la circulación perpetua de la fuerza, como propiedad esencial de la materia sujeta á reglas fijas, necesarias é inmutables. El alma espiritual, como sustancia superior y distinta del cuerpo, es una quimera; el pensamiento es una afección y modificación del cerebro, que lo segrega de su sustancia, como el hígado segrega la bilis.

Es verdaderamente curioso lo que sucede con los materialistas; consideran como imposible que un poder infinito haya creado el mundo de la nada, y sin embargo admiten con imperturbable valor que una materia inerte, desprovista de inteligencia y razón, moviéndose y desarrollándose al acaso, produjo el orden admirable que tan brillantemente se manifiesta y resplandece en el mundo. La materia para ellos lo es todo, lo puede y lo hace todo; á su movimiento y evolución se debe todo. He aquí, señores, las afirmaciones más incomprensibles que se pueden concebir. Veámoslo, si nó.

Todo se debe al movimiento y á la energía de la materia; pero, ¿de dónde procede esta energía y este movimiento? ¿Quién se lo comunicó á

la materia? He aquí un problema que nunca podrá resolver el materialismo; he aquí una realidad inexplicable para los que niegan el misterio de la creación, ¿será acaso el movimiento esencial á la materia? Semejante aserción se opone á la razón y á la experiencia.

En efecto; si el movimiento fuese esencial á la materia, los cuerpos estarían siempre moviéndose; nunca se hallarían en estado de reposo; porque toda propiedad esencial á un ser es inseparable de él, mientras conserve su naturaleza. ¿Y se verifica esto respecto al movimiento? ¿Por ventura no vemos á la materia y á todos los cuerpos siempre y por doquiera en reposo, mientras una fuerza exterior no los pone en movimiento? Si el movimiento fuese esencial á la materia, debería ésta moverse continuamente. Y en este caso, ¿cómo serían sólidas las masas de mármol y las montañas de granito?

¿No vemos también que todo cuerpo, que se halla en movimiento, tiende á permanecer en él, mientras una fuerza exterior no le detenga en su marcha? ¿No observamos igualmente que este mismo cuerpo en movimiento opone á la fuerza que intenta detenerle una resistencia igual á la

que había opuesto, al hacerle pasar del reposo al movimiento?

Esta indiferencia de la materia y de los cuerpos al movimiento y al reposo; esta tendencia á permanecer siempre en el mismo estado en que actualmente se encuentran; esta impotencia para variar de estado, ó pasar del movimiento al reposo, ó del reposo al movimiento por sí mismos, y, cuando se les pone en movimiento, la regla invariable de describir siempre una línea recta, á no ser que un agente exterior los obligue á abandonarla; estos fenómenos comunes á toda materia y á todo cuerpo, y que se designan con el nombre de inercia de los cuerpos, son tan constantes que constituyen la base de todas las leyes de la mecánica. Esta inercia de la materia hace que podamos disponer de ella á nuestro gusto, y que podamos emplearla en los usos de la vida. ¿Quién puede poner en duda que el arte de construir edificios, todas las artes mecánicas, y todas las operaciones del hombre en los cuerpos se fundan en la persuasión universal y constante de que un cuerpo en una situación cualquiera no se moverá, á no ser que una fuerza extraña le obligue á variar de sitio? Por consi-

guiente, el afirmar que el movimiento es esencial á la materia, es afirmar lo que es contrario al testimonio de los sentidos y de la experiencia; al testimonio de la evidencia y de la razón, y al mismo testimonio del sentido común.

Y no se diga que no conocemos todas las propiedades de la materia, y que por lo tanto quizá se encuentre entre estas propiedades desconocidas la del movimiento. Cierto que no conocemos todas las propiedades de la materia; pero conocemos una, la inercia, que es esencial á ella, y que es incompatible con el movimiento espontáneo; y por consiguiente tenemos derecho á asegurar con toda certeza que es imposible que este movimiento espontáneo sea una cualidad esencial de la materia. Afirmar lo contrario, decir que el movimiento es esencial á la materia, sería atribuir propiedades contradictorias á un mismo sujeto; sería destruir el mismo principio de contradicción.

No, el movimiento nunca puede proceder de la esencia de la materia, porque de lo contrario se seguiría que los cuerpos no podrían ser despojados de él, sin quedar destruidos, y deberían además moverse siempre en la misma dirección

y con la misma velocidad, sin poder encontrar reposo. Pero vemos precisamente lo contrario; vemos que el movimiento varía según la variedad del impulso recibido, y que según la cantidad de la fuerza y la línea de dirección de este impulso, el movimiento es más lento ó más rápido, más duradero ó más fugaz, más recto ó más oblicuo. Vemos que cesando este impulso, el movimiento, rápido al principio, disminuye poco á poco hasta que cesa por completo. Nada por lo tanto hay más variable, más accidental y accesorio que el movimiento de los cuerpos; nada más separable de su naturaleza y esencia. El estado de movimiento no constituye la esencia de los seres materiales; es un estado extraño y una condición agregada á la materia; un estado transitorio y una cualidad accidental que resulta de un impulso exterior capaz de vencer la resistencia del cuerpo y lanzarlo en una dirección determinada. Sin este impulso no se concibe el cuerpo sino en el estado de inmovilidad. Luego no puede ser cuerpo alguno la causa del movimiento universal que se observa en el mundo. Debemos, pues, buscarla en un ser inmaterial é inteligente. Y este ser es, señores, Dios, pri-

mer motor, y causa primera del movimiento.

Y no vale recurrir á la eternidad del movimiento; no vale suponer que un cuerpo sea movido por otro, éste por otro, y así sucesivamente hasta el infinito; porque, además de que así se supone una serie infinita de cuerpos y de movimientos que, aumentando cada día, se hace más infinita aún; además de que así se forja un infinito que resultaría de seres finitos y limitados; prescindiendo, digo, de tales contradicciones, no se hace otra cosa por este medio que dar vueltas á la cuestión, pero de ningún modo se resuelve; de ningún modo se explica el origen del movimiento. En esta pretendida serie de cuerpos que se mueven los unos á los otros, no se encuentra ninguno que sea la causa total y absoluta del movimiento, sino que todos son causas intermedias y nada más. Si los seres ó cuerpos considerados aisladamente son inertes y no pueden ser por lo tanto la causa total del movimiento ¿cómo puede serlo la serie ó conjunto, una vez que su disposición en serie no quita á los cuerpos, que la constituyen, su naturaleza de inertes? Esta serie de cuerpos moviéndose mutuamente equivaldría á una cadena, cuyo primer eslabón, es decir, el

que debe sostenerla, permaneciese en el aire. A menos, pues, de llegar á un ser no inerte en sí mismo, que hubiera tenido la virtud de poner en movimiento á los primeros átomos; es decir, á menos de fijarnos en Dios que puso en movimiento la materia creada por Él, hay que admitir el absurdo de que debiendo ser movidos los cuerpos inertes, se hallan en movimiento sin una causa que los hubiera movido.

¿Pudo acaso el primer movimiento desplegarse y determinarse por sí mismo? Pero esto sería afirmar que el movimiento es causa de sí mismo; esto sería afirmar que el movimiento procede de la nada absoluta. Y he aquí, señores, á nuestros sabios materialistas, que se ven obligados por la fuerza de la lógica á admitir una realidad que se ha producido á sí misma, y á confesar que la nada produce algo, produce el movimiento. ¡A tal grado puede llegar la ofuscación y ceguera que el odio contra la religión causa en la inteligencia del hombre!

## IV

Pero aun hay más; no existe simplemente movimiento en el mundo. Este movimiento se manifiesta en todas partes con el carácter de intencional, pues todo lo que existe y se mueve, está ordenado á un fin.

En el universo los innumerables seres que lo constituyen, todos perfectos en su género, todos diversos en su naturaleza, en sus propiedades y operaciones, se hallan, sin embargo, ligados entre sí por admirables relaciones de medios y fines, de cualidades y fuerzas, de tendencias y de movimientos. Y estos medios son los más racionales, y los más propios; y estas cualidades son las más convenientes y adecuadas, y estos movimientos y tendencias son las más regulares y constantes. En el universo, uno á pesar de su asombrosa variedad; cada ser se halla colocado en tal punto, impelido en tal dirección, movido por tal grado de fuerza y adornado de tales cua-

lidades, que puede servir ventajosamente á la conservación de las demás partes y á la armonía del todo.

En el universo todo es grande en su pequeñez, todo se halla ordenado en su aparente desorden, todo está subordinado, no obstante su independencia; todo está ligado como los efectos á sus causas, como las consecuencias á sus principios y los medios al fin. Los seres menos perfectos se hallan unidos á los más perfectos, los inferiores á los superiores, la materia al espíritu, la vegetación á la nutrición, la nutrición á la conservación y el movimiento á la acción y á la vida. Por medio de gradaciones imperceptibles desciende todo de lo grande á lo pequeño, asciende de lo pequeño á lo grande, y cada ser tiene su destino especial y los medios de lograrlo.

En la naturaleza nada es inútil; nada sale del orden universal; todo depende de él y á él tiende y se dirige; todo se encadena para formar un todo completo, perfecto y sublime. Y lo que más llama la atención es que esta infinidad de relaciones, que asombran la inteligencia del hombre, no produce, sin embargo, confusión, ni desorden alguno. Nada altera los límites que divi-

den las naturalezas, y conservan la multiplicidad de sus partes, sin que sus diferencias destruyan la unidad. Todo conserva sus cualidades y sus proporciones con sus fines subalternos que se encadenan con el fin universal del conjunto.

Ahora bien; para un espíritu que tales cosas contempla, ¿no es evidente que todo esto es obra de un gran artífice, que de una sola ojeada abrazó el plan completo, previó todos los fenómenos, y arregló y fijó de antemano el tiempo, el modo y el grado de expansión en que habían de suceder, y que calculó las consecuencias de todos los efectos, los efectos de todas las fuerzas, las fuerzas de todos los seres y el conjunto de toda su obra? ¿No es evidente que este grande artífice que puso de acuerdo y arregló tantas partes, tan grandes y tan diminutas, tan múltiples y tan variadas, no pudo menos de ser un agente libre, infinitamente poderoso é infinitamente sabio, que escogió entre una infinidad de medios, los más aptos para el grado de manifestación que le plugo dar á sus atributos, y que habiéndolo hecho todo con este fin, coordinó todos los medios, y armonizó entre sí todas las partes? ¿No es evidente que este artífice infinitamente inteligente

es Dios, que realizó de antemano todo lo que más tarde nos reveló con estas profundas palabras: todo lo hizo con peso, número y medida: todo lo hizo en su sabiduría infinita? (1).

Fijemos, señores, nuestra vista en el firmamento, contemplemos por un instante la magnitud proporcionada y la distancia de los cuerpos que lo adornan, y descubriremos las huellas más patentes de una sabiduría y de una inteligencia infinita. Observad cómo el sol y la tierra se hallan cabalmente colocados en el punto de distancia uno de otro, en que puede sernos útil el astro del día. Si estuviese algunas leguas más cerca de la tierra, el sol produciría la evaporación de todos los líquidos, fundiría todos los metales, quemaría todas las plantas y acabaría con todos los animales y con todos los hombres. Por el contrario, que el sol se hallase más lejos de la tierra, y este mismo astro, bienhechor de nuestro globo, sería su azote; pues se helarían los mares, cesarían los vientos, caerían las nubes en forma de masas congeladas, y la tierra, cubierta de hielo é impropia para la vegetación, se haría

---

(1) Sap. XI: Psalm. c. III.

inhabitable y perecería al instante por falta de humedad y de calor todo lo que en ella vive.

¿Y puede suponerse, que una materia inerte haya dado al sol ni más ni menos que la magnitud que tiene, colocándolo precisamente en la única distancia de la tierra que nos conviene? ¿Puede suponerse, ni siquiera soñarse, que átomos estúpidos hayan tenido la sabiduría suficiente para armonizar de un modo tan admirable las masas y las distancias, y bastante poder para conservar esas mismas masas en puntos tan exactos, y para impedir toda desviación, que hubiera destruido todo cuanto existe, reinando otra vez el caos?

¿Y qué diremos de los demás cuerpos celestes, de esos innumerables soles llamados estrellas, y de los demás planetas que los rodean? ¿No es verdad que ese maravilloso concierto, esas proporciones tan justas y exactas en las distancias, y en sus recíprocas relaciones, nos manifiestan de la manera más elocuente, como dice el Real Profeta, que el universo es obra de la Omnipotente mano de Dios, y un gran libro en que podemos conocer su infinita sabiduría, su gloria y majestad?

¿Podrá acaso explicarse este orden y esta subordinación de fines, diciendo que son efecto de una de las combinaciones que la materia en incesante evolución, y que los átomos siempre en movimiento han podido producir? Si todo ha sido producido por la energía de la materia, si todo ha sido obra del movimiento de los átomos; ¿en qué consiste que los átomos y la materia, después de haber formado el mundo actual, se detuvieron en su movimiento y evolución? ¿Cómo se detuvieron en esta combinación, que seguramente no es la última? ¿Por qué no han intentado otra nueva? ¿Cómo es que desde tantos años hace, esos átomos se conservan quietos en este arreglo casual, y respetan el orden establecido? ¿Qué mano de hierro, qué fuerza superior colocó los astros en el lugar que ocupan, fijó los planetas en sus órbitas, y sometió todos los seres á los movimientos regulares que siguen? ¿Cómo pudo el acaso, siempre ciego é inconstante, después de haber formado el mundo actual, darse por satisfecho y establecerse en él definitivamente? ¿Cómo es que lo que el acaso creó y ordenó, no lo perturba este mismo acaso?

Añádase á esto que una combinación como la

del mundo, de la que resulta un orden tan admirable y armonía tan perfecta; una combinación en la que nada hay solitario é independiente, sino que todo se dirige á fines particulares y éstos á un fin universal, ni existe, ni puede existir jamás.

Échense revueltas en una caja una inmensa cantidad de letras del alfabeto; muévanse y agítense lo que se quiera, hasta que resulte una combinación, y repitiéndose esta operación por espacio de siglos, prodúzcanse centenares, millares y millones de combinaciones. Saldrán palabras de todas las lenguas, pero nunca podrá resultar un acabado y perfecto poema; nunca la Eneida de Virgilio, por ejemplo, saldrá de estas combinaciones de letras.

Esparcid al acaso por el suelo metales derretidos, ó reunid trozos de mármol; repetid esta operación muchas veces, y resultarán masas de formas variadas; masas que presenten tal vez una grosera semejanza con el rostro humano; pero nunca resultará una bella estatua ejecutada según las reglas del arte. ¿Y por qué? Porque un poema y una estatua son obra de la inteligencia, y las obras de la inteligencia y de la

razón no se hallan entre las obras del acaso.

Ahora bien; si un poema, si una estatua no pueden ser obra del acaso ¿cómo podrá sostenerse que á él se deba la obra inmensa y asombrosa del universo? Decir que el orden del mundo y la tendencia y dirección de todos los seres á fines determinados es efecto de la evolución de la materia, es insultar á la inteligencia, es burlarse del sentido común.

Señores: un hombre que se atreviese á sostener que una magnífica pintura resultó de la combinación casual de diferentes colores mezclados sobre el lienzo; un hombre que afirmase que la estatua de Moisés, modelada por Miguel Angel, se formó por la fuerza del viento que, arrancando fragmentos de una montaña, y dándole pulimento y las formas delicadísimas que en ellas admiramos, acabó por colocarla en el pedestal; un hombre que se atreviese á decir que el Partenón, ó la Basílica de San Pedro, fueron producto de una aglomeración fortuita de piedras y de mármol, que el tiempo y el acaso fueron acumulando en un sólo paraje; semejante hombre ¿no sería considerado como loco de remate?

¿Cómo, pues, calificaremos á esos hombres que se tienen por los representantes de la ciencia, á esos sabios materialistas, que tienen la osadía de afirmar que el mundo con los cuerpos celestes, tan asombrosos por la inmensidad de su magnitud, las relaciones de sus distancias y la regularidad y velocidad de sus movimientos; que ese conjunto admirable de bellezas tan perfectas y variadas, cada una de las cuales es modelo perfecto de inteligencia y de poder; que toda esa inmensa fábrica, obra de la inteligencia más elevada, haya sido llevada á cabo por el desarrollo y evolución de la materia bruta, de la materia destituída de inteligencia?

Si cuando entramos en una casa, en la que todo se presenta aseado, bien dispuesto y adornado con gusto, la primera idea que ocurre es que esta casa está habitada por alguien, y que un ser inteligente la dirige y administra ¿cómo, al contemplar el cielo y la tierra, dejaremos de creer, que esta gran casa que llamamos mundo, en la que el orden, la previsión y la sabiduría brillan en todas sus partes, es obra de un ser infinitamente superior á cuanto el mundo contiene de más excelente, más bello y más perfecto?

Decir, pues, que la evolución de la materia es la causa del mundo, es admitir que la obra maestra de la inteligencia es producto de un acaso insensato; es admitir un orden admirable sin ordenador, un movimiento perpetuo sin un motor, un conjunto de seres contingentes sin un ser necesario, una serie de efectos sin causa proporcionada; en una palabra, es admitir la estupidez como causa de la obra de la sabiduría, y la nada como fundamento de la mayor realidad.

## V

Uno de los argumentos que con más claridad demuestra la necesidad de la creación, es sin duda la existencia del mundo orgánico. En ninguna parte, señores, ha grabado su nombre el Creador con caracteres más legibles, que en ese campo en que ha sembrado la vida. Cada ser viviente es como un libro abierto en el que puede el hombre leer y contemplar la belleza, la sabiduría y el poder de Dios, autor de la vida.

Las enseñanzas de la fe, en lo que se refiere al origen y existencia de los vivientes, han recibido de las conclusiones de la verdadera ciencia y del estudio de la naturaleza brillante confirmación. La vida ha comenzado en la superficie de nuestro planeta; he ahí el hecho que la geología ha puesto con toda claridad á nuestra vista, haciéndonos, por decirlo así, asistir á la sucesiva aparición de los seres organizados.

Las capas superpuestas de que se compone la superficie sólida del globo, son como otras tantas tablas cronológicas en las cuales leemos la edad relativa de las formas vivas. Los mamíferos se presentan en las capas superiores; más abajo las aves, luego los peces, debajo los moluscos; después, el reino animal desaparece, ó ya no está representado sino por géneros inferiores. Bájese un grado más y ya no se verán más restos que los de los vegetales. Por último, he aquí los terrenos primitivos; aquí ningún rastro de vegetación; la vida ha desaparecido por completo, ó mejor dicho, no se presentó aún.

La vida, pues, ha comenzado sobre la tierra; es posterior á la creación del mundo inorgánico; la ciencia misma lo atestigua.

Pues bien; no dándose efecto sin causa, ¿cuál es el origen y la causa de que procede la vida en la naturaleza?

La tradición bíblica, la creencia universal del género humano y la razón filosófica responden perfectamente acordes: ese origen y principio es aquél que San Pedro llama el Autor de la vida (1); “Aquél en quien todos vivimos,” añade San Pablo (2); “Aquél que á todos nos da la respiración y la vida” (3); en una palabra, Dios.

Por el contrario, según el materialismo no hay necesidad de subir tan alto, ni de buscar fuera de la materia misma, de sus propiedades esenciales y de sus leyes generales, el origen de los vivientes. El reino orgánico procede, mediante la evolución, del reino inorgánico, del cual no difiere esencialmente. La fuerza vital no es más que el resultado de la múltiple acción físico química de la materia, y nada se verifica en los vivientes que no pueda explicarse por la acción de las fuerzas químicas.

El materialismo invoca en favor de su doc-

---

(1) Act. XVII.

(2) Id.

(3) Id.

trina los resultados del análisis químico, aplicándolo á la estructura y composición íntima de los cuerpos vivientes. Que los agentes físico químicos desempeñan un papel de consideración en la constitución íntima de los seres vivientes, sin dificultad lo admitimos; pero que sean aptos por sí mismos y bajo el imperio de solas las leyes generales, para formar la materia orgánica, he ahí lo que no podemos admitir: semejante aserción, además de la violencia que hace á la razón, es contraria á la experiencia y está en oposición con los hechos observados.

Si la vida no es otra cosa que el conjunto armónico de las fuerzas moleculares, ¿cómo es que la química, que dispone á maravilla de tales fuerzas, no puede producir ningún ser viviente? Si un viviente no es otra cosa que un laboratorio químico, ¿por qué los químicos no consiguen imitarlo, como han logrado imitar la naturaleza del reino inorgánico? ¿Qué es lo que opone un obstáculo invencible á las tentativas y esfuerzos del arte y de la ciencia?

Por medio del calórico en los hornillos, ó de la electricidad en la pila, se componen y descomponen los cuerpos, y se disponen para repro-

ducir en virtud de su afinidad química, con mayor ó menor facilidad, todos los compuestos de la química inorgánica. Mas por mucho que multipliquen sus tentativas y experiencias, ningún químico se promete presentarnos, como fruto de sus procedimientos artificiales, no ya una hermosa planta, pero ni aun un germen que la desarrolle, ó al menos una simple célula, que forme parte de cualquiera vegetal.

El organismo es perfectamente conocido por los naturalistas. Los primeros elementos que lo componen son los mismos de la materia inorgánica, y las proporciones con las cuales estos elementos están unidos y combinados son también conocidas. ¿Qué falta, pues, para obtener por lo menos una parte de un viviente? Si la vida no es otra cosa que el resultado de los átomos y de las fuerzas físico químicas de que están dotados; ¿por qué la química, á pesar de los adelantos y descubrimientos científicos, de que tanto se envanece nuestro siglo, no consigue producirla? La única razón que puede darse es que á la ciencia le falta un principio superior á la materia, principio que sólo Dios pudo crear, y que se propaga por generación. Esta es la causa porque los

químicos, con todos sus alambiques, retortas y crisoles, no consiguen ni conseguirán nunca producir un solo viviente. Disponen de las solas fuerzas de la materia y éstas son impotentes para producir la vida; he ahí la explicación de la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero quiero conceder que con el tiempo el adelanto progresivo de la química llegue á obtener la elaboración artificial de todos los principios inmediatos de la organización; quiero conceder que un sabio afortunado, á fuerza de constante laboriosidad, logre ver en el fondo de sus crisoles y redomas, no ya tejidos, órganos y miembros aislados é independientes, sino la síntesis completa de un organismo perfectamente acabado. ¿Cabría decir por esto que la química había logrado producir la vida? De ningún modo; la organización es un producto de la vida, pero no es la vida; se habría logrado producir un cadáver, pero no un ser vivo. Para tan grande efecto era necesario hallar una fórmula científica, que tuviese la virtud de producir un organismo que se moviese á sí mismo, que se nutriese, desarrollase, y se multiplicase, engendrando á otros organismos semejantes. No creo, seño-

res, que haya hombre alguno que se atreva á sostener la posibilidad de llegar á tanto por más siglos que transcurran.

Y no se diga que se ignoran los medios de que se valió la naturaleza; porque si la materia por sí misma produjo la vida; ¿cómo es que no la produce ahora? Pues qué, ¿se le acabó acaso la virtud? ¿Cómo es que no puede el materialismo presentar ni un sólo caso de generación espontánea; ni un sólo caso de un viviente que no haya procedido de otro ser vivo también?

Mucho se ha discutido, señores, á mediados de este siglo sobre la generación espontánea; pero hoy, después de los experimentos de Monsieur Pasteur, puede decirse que está resuelta y terminada la cuestión en favor del antiguo axioma *omne vivum ex vivo*, axioma que la fisiología moderna expresa de este modo *omne vivum ex cellula et in cellula*. “Nada más sencillo, al parecer, escribe el sabio Moigno (1), que el experimento de Mr. Pasteur; y sin embargo, nada es más concluyente en su simplicidad: es bajo todos conceptos un experimento decisivo. Al

---

(1) Esplendores de la Fe.

sancionarlo con su autoridad la Academia, ha zanjado de raíz la cuestión de las generaciones espontáneas.“

¿Cómo puede hoy recurrirse, para explicar el origen de la vida, á la generación espontánea, si hasta el mismo Tindall (1), testigo nada sospechoso en la materia, no temió confesar que el hombre verdaderamente científico no puede aducir prueba alguna satisfactoria sobre el desarrollo de la vida sin vida anterior? ¿Cómo puede sostenerse que la vida brotó espontáneamente de la materia, si hasta Virchow, enseña que no se conoce un sólo hecho positivo que establezca que en tiempo alguno se haya realizado una generación espontánea, llegando hasta á calificarla de brujería y artificio diabólico? “La doctrina de la generación espontánea, escribe Virchow (2), según la cual los seres vivientes nacen de una materia muerta, sin padre ni madre, se encuentra cada día más abandonada, y ya no hay en los reinos vegetal y animal más que algunos organismos de la ínfima escala que pue-

---

(1) Citado por Fajarnés en su excelente libro *la Psicología Celular*.

(2) Véase Hettinger *Demostración Cristiana*, tomo 2.º, versión de Ayuso.

dan suministrar pretexto para renovar la antigua controversia sobre este particular. Por lo que hace á los organismos superiores, se niega en absoluto la generación espontánea, y por razones muy poderosas. Toda planta tiene su semilla, todo animal tiene su huevo ó su germen. Todo cuanto tiene vida forma una larga serie de generaciones sucesivas..... El vegetal engendra al vegetal, y el animal al animal; pero cada especie de vegetales ó animales no reproduce más que vegetales ó animales de la misma especie. El diseño de la organización es invariable dentro de los límites de la especie: la especie no sale más que de la especie.“

No se me oculta que algunos creyeron ver una transición de lo inorgánico á lo orgánico, y una prueba del origen mineral de la vida en una masa viviente, sin órganos, sin individualidad determinada, verdadero mineral viviente, que tapiza el fondo de algunos mares, y que tan pomposamente Huxley, su inventor, anunció al mundo científico con el nombre de Bathibyus Haekeli; ¿pero qué es el Bathibyus, objeto de grandes esperanzas para los materialistas, y cuyo descubrimiento fué considerado como un triunfo



definitivo contra el dogma católico y científico de la creación? Un mito; una engañadora ficción. El mismo Huxley que lo extrajo del fondo del mar, y que, al examinarlo, creyó advertir en él alguna señal de vida, declaró expresamente, que era un precipitado gelatinoso de sulfato de cal que arrastró en su caída materia orgánica (1). Tal es la realidad del famoso Bathibyus, que algunos han reconocido como origen de la vida en el universo; una materia de naturaleza caliza, tan inerte, tan inanimada, y tan desprovista de vida y de organización como todo el mundo mineral.

Puede, pues, la ciencia proclamar con toda seguridad en nombre de la experiencia, que la materia bruta nada puede engendrar, que no puede darse generación espontánea, conspirando todo á rechazarla, y que es necesario mirar como definitivamente condenada por la ciencia la doctrina que la afirma. Mas; ¿de dónde procede en este caso la vida? Si el mundo inferior, si la materia es incapaz de producir la vida, es indis-

---

(1) Véase la notable *Apología Científica de la fe cristiana*, por F. Duilhé de Saint-Projet, traducida por Polo Peirólon.

pensable que una causa superior intervenga en su origen; es necesario recurrir al poder infinito del Creador para explicar la existencia de la vida en el mundo; sin esta causa, sin este poder será siempre un enigma indescifrable la aparición de los organismos sobre la tierra.

## VI

Pero supongamos que el primer viviente haya brotado espontáneamente de la materia; concedamos que la materia, en virtud de la energía de que se la supone dotada, se haya desarrollado hasta el punto de producir la vida; ¿cómo podrá explicarse sin la creación los diversos géneros de vivientes?

Cada género, y cada especie de seres orgánicos forma un reino aparte, separado y completo, constantemente uniforme, que se reproduce y propaga de un modo también uniforme y constante. ¿De dónde, pues, proceden esos millares de organismos diversos ó independientes unos

de otros? ¿Deben también su existencia á la combinación de los átomos y á la energía de la materia, sin una inteligencia que la haya dirigido en su evolución?

Darwin ha emitido la opinión de que las diversas especies de vivientes, desde los menos perfectos hasta los más perfectos, proceden de un corto número de formas, ó tipos primitivos. Según Haeckel y los demás materialistas contemporáneos posteriores á Lamark y Darwin, el plasma orgánico, ó monera, que brotó espontáneamente de la materia, desenvolviéndose lenta y gradualmente, produjo las primeras especies de vivientes dotados de organización muy imperfecta, los cuales, en virtud de la selección natural, de la concurrencia vital, ó lucha por la existencia, y otras leyes universales y constantes, fueron perfeccionándose y transformándose unos en otros hasta llegar á constituir esa fauna y esa flora que admiramos hoy, y cuyo digno coronamiento es el hombre.

Por extrañas que parezcan estas transformaciones, no son, sin embargo, imposibles en sí mismas; por mucho que se oponga el transformismo á una noción profundamente arraigada

en el espíritu humano, y que la divergencia en las definiciones no ha logrado destruir: la noción de la diversidad é inmutabilidad de las especies; no excluye, sin embargo, la necesidad de la creación.

Así como Dios ha concentrado la vida de un individuo en un embrión, que no llega á su completo desarrollo, sino sufriendo una serie de variaciones que de día en día le modifican profundamente, del mismo modo ha podido concentrar la vida universal en un protoorganismo, cuyas evoluciones llegasen á la espléndida difusión de la vida que al presente admiramos. Este plan, esta transformación y evolución y desarrollo de las especies de vivientes, inferiores al hombre, no se opone á la fe, ni es indigna de la perfección del Creador, lisonjeando por otra parte nuestra propensión á la unidad. Así es que eminentes naturalistas católicos son partidarios y defienden con energía el transformismo y la evolución de las especies inferiores al hombre; y hasta hay quienes pretenden, que en este sistema brilla de una manera más grandiosa, que en la creación individual de las especies, la eficacia y poder de Dios, en haber comunicado á algunos seres, ó á

uno solamente, la virtud de desenvolverse, diversificarse y sacar del fondo de su naturaleza la magnífica variedad de vivientes que hermosea la creación. “La teoría de la creación, dice un sabio religioso (1), tomada en sentido lato, ejerce sobre mí atracción irresistible. Si fuera verdadera, respondería mejor que la doctrina más fácil de las creaciones sucesivas, á la idea que me he formado de la sabiduría y omnipotencia divinas. ¿No tenemos la evolución de los mundos en astronomía? Solamente temo que al investigar la verdad en esta materia, vengan tendencias extrañas á ocupar el puesto de las naturales exigencias de la razón.”

Importa poco, señores, para el origen divino del mundo, que todos los seres vivientes hayan salido de muchos gérmenes, ó de uno solo, supuesto que en ambos casos es necesario recurrir á la intervención divina del Creador. Imaginaos un protoorganismo perfecto, en el cual se halle condensada la vida de todo el universo, y cuya evolución material produce sucesivamente todas las especies; Dios es quien lo ha creado. Imagi-

---

(1) R. P. Delsaux, citado por Duilhé de Saint-Projet.

naos una célula elemental, que se perfecciona con el concurso de las fuerzas cósmicas, y llega á ser la madre fecunda de los vivientes; Dios es quien ha creado esta célula, y Él es quien la conduce y dirige en su evolución y en todos sus progresos; porque repugna atribuir á un movimiento ciego y á circunstancias enteramente fortuítas el armonioso desarrollo de la vida en el mundo.

¿Cómo podrá, en efecto, explicarse por las solas fuerzas físico químicas, por la sola combinación de los átomos, esa finalidad constante y uniforme que se observa en el desarrollo de los gérmenes? “La forma es todavía indiferente en el germen, escribe el sabio naturalista Caro (1). Visto con los mejores instrumentos no es más que una esfera, cuya cavidad está llena de una materia fluida incolora. Tal es el primer principio de todos los organismos que conocemos. No hay anatomía bastante sutil, que pueda distinguir el germen de un pájaro del de un pez, y aun del hombre.” ¿Quién, pues, señores, es el que hace que no se equivoquen jamás, y que el germen de una ave no produzca un pez, ni el

---

(1) Citado por Hethinger, obra mencionada.

del hombre un pez ó una ave? La idea, el tipo, la fuerza inteligente que lo ordena y dirige todo, no sabemos por qué medios; Dios, en fin, origen y término de todo lo que existe. He aquí lo que acerca de la evolución, ó desarrollo del ser viviente, escribe el eminente fisiólogo francés, Claudio Bernard (1), “Cuando se considera la evolución completa de un ser viviente, se ve con toda claridad, que es la consecuencia de una ley organogénica, que preexiste de arreglo con una idea preconcebida.....

“Vemos en la evolución aparecer un simple esbozo del ser, antes de toda organización. Pero en este primer proyecto vital está trazado el dibujo ideal de una organización, invisible aun para nosotros, la que señala á cada elemento su colocación, su estructura y sus propiedades. Allí donde están los vasos sanguíneos, los nervios, músculos y huesos, las células embrionarias se cambian en glóbulos de sangre, en tejidos arteriales, venosos, musculares, nerviosos y huesosos. La organización, vaga al principio é indicada apenas, se perfecciona en un perfecto detalle, cada vez más acabado. Esta potencia

---

(3) Citado por F. Duilhé de Saint-Projet.

generadora no sólo existe en el principio de la vida, sino que prosigue su obra en el adulto, dirigiendo las manifestaciones de los fenómenos vitales.....

“Cuando se trata de una evolución orgánica futura, nosotros no comprendemos que una propiedad de la materia tenga este alcance; el huevo, la célula embrionaria es una cosa que ha de llegar á ser; y ¿cómo concebir que la materia tenga por propiedad el encerrar propiedades y juegos mecánicos que no existen?..... Yo no concebiría que la célula formada espontáneamente y sin padres pueda tener evolución, puesto que carecería de esta dirección original, de esta especie de fórmula orgánica, que reúne las condiciones evolutivas del ser determinado.”

Por consiguiente, aun cuando la ciencia, apoyándose en un conjunto de hechos auténticos y decisivos, llegase á explicarnos con todos sus detalles cómo han debido verificarse las transformaciones de las especies, nada habría adelantado con eso el materialismo. La evolución por medio de la cual se pretende explicar todas las cosas, sería ella misma un misterio inexplicable con los principios de la escuela mecanista.

¿Cómo la evolución ha podido hacer salir de la materia seres que tienen otras propiedades? ¿Cómo han podido verificarse esos milagros de efectos sin causas proporcionadas?

La filosofía mecánica se agota con sus hipótesis ingeniosas; pero el misterio de la vida permanece cada vez más impenetrable. Aquí se manifiesta evidente la impotencia de las ciencias físicas y naturales, y se deja conocer la imperiosa necesidad de buscar en la acción del Creador la clave del enigma.

Por lo demás, la Paleontología no permite poner en duda la falsedad del transformismo. En efecto; si todas las especies de vivientes proceden de un tipo primitivo, que fué transformándose lenta y gradualmente á través de millares de siglos, ¿cómo se explica la carencia completa de esas formas de transición de unas especies á otras; la carencia de esas especies intermedias, cuyo número confiesa el mismo Darwin, que debió ser enorme? ¿Cómo es que la Paleontología nos enseña que ni siquiera rastros se encuentran de dichas formas intermedias, que necesariamente debían existir, si fuese verdadera la teoría transformista?

Y no se diga con Darwin, que las capas de nuestro globo no fueron sobrepuestas sucesivamente, sino con interrupción de innumerables siglos, durante los cuales pudieron existir esas especies intermedias, que exige el transformismo; porque esto es recurrir á lo desconocido, á lo hipotético; esto no es discurrir, es fantasear. ¿Á quién hará ver Darwin que los millares y millones de formas intermedias, necesarias para su sistema, existieron precisamente en esos períodos larguísimos, durante los cuales no se formaron terrenos, ni se depositaron capas estratificadas; mientras que ni una sola se encuentra en las variadas formaciones geológicas anteriores y posteriores á dichos períodos?

Otro argumento contra el cual se estrellarán siempre los esfuerzos del transformismo, nos lo suministra el hecho constante de la invariabilidad de las especies. Si los vivientes, en virtud de la selección natural, pasaron sucesivamente de las formas menos perfectas á las más perfectas, de las inferiores á las superiores, ¿cómo se explica que los animales y vegetales, que existieron miles de años hace, sean exactamente iguales á los que hoy conocemos? ¿Cómo se explica

que en algunos templos é hipogeos del antiguo Egipto se hubiesen hallado pinturas y esqueletos de plantas y animales que, á pesar de contar con más de 5.000 años de existencia, tienen, sin embargo, los mismos caracteres que los que de la misma especie existen hoy, y que en Inglaterra se hayan encontrado en las capas del período glacial diez especies de mamíferos, el ciervo y el lobo entre otras, que concuerdan perfectamente con las actuales? ¿Es posible conciliar esta identidad de especies y de razas, á través de períodos tan dilatados, con la evolución progresiva, y especialmente con la ley de la selección natural, que continuamente acumula en las razas y variedades las cualidades y caracteres, que accidentalmente aparecen en los individuos?

Y por último, señores, prescindiendo de otros argumentos, si hace 6.000 años que el hombre trabajando en la naturaleza y ayudándola con todos los recursos, que su entendimiento le sugiere, no ha logrado una sola vez salvar el abismo que separa á los tres reinos en que están clasificados los seres; no ha logrado ni una sola vez salvar la distancia del mineral á la planta, de ésta al animal, y del animal al hombre, ¿có-

mo puede sostenerse que lo hayan conseguido millares de veces las solas fuerzas ciegas de la naturaleza, sin la intervención de una inteligencia superior, que las dirigiese en su marcha y continua evolución y progreso? “Probad, dice á este propósito M. Vitel (1), probad á formar un hombre. Es cuestión de tiempo, decís; sea: empezad; que se os vea manos á la obra, tomad miles de millones de siglos; jamás lograis hacer del más inteligente de los monos un hombre por poco que valga.”

Es, pues, absurdo explicar la existencia de las diversas especies de vivientes por la evolución y transformación de uno ó varios tipos primitivos, sin la intervención del Creador. Luego es necesaria la creación.

## VII

Si fuera del misterio de la creación es imposible explicar la existencia de las especies de vi-

---

(1) Citado por Monseñor Bougaud en su obra *El Cristianismo en los tiempos presentes*, elegantemente traducida por mi ilustrado compañero el Dr. D. Emilio Villelga.

vientes inferiores, ¿qué diremos, señores, del hombre, gloria y maravilla del universo? Aquí es donde aparece el ser sobrenatural por excelencia, el ser absolutamente inexplicable sin la intervención directa é inmediata del Creador.

El materialismo no encuentra otra explicación mejor de la existencia del hombre, que la teoría del transformismo. Para los materialistas el hombre no es más que un mono perfeccionado. “Los Simidos, dice Darwin (2), se han dividido en dos troncos; los monos del nuevo y del mundo antiguo, y de estos últimos en una época lejana resultó el hombre.” Según Haeckel el género humano es una ramificación del grupo de los Catirrinos. En la inmensa duración de los tiempos terciarios fué cuando, según este naturalista, los monos Catirrinos, cuyas garras habían sido transformadas en uñas, debieron perder su cola y despojarse parcialmente de su pelo; más tarde, las extremidades anteriores llegaron á ser las manos del hombre, las posteriores se convirtieron en piés, y se presentaron al fin hombres verdaderos, transformán-

---

(1) Citado por Duilhé de Saint-Projet.

dose gradualmente el grito animal en sonidos articulados, y el rechinar de dientes en amable sonrisa.

Y ¿qué pensar, señores, de teorías que tanto nos humillan? ¿Qué decir de esos filósofos, considerados por muchos como lumbreras de la humanidad, que únicamente por contradecir las enseñanzas de la religión, se horrorizan de pertenecer á la raza de los negros, y no tienen reparo en confesar que por sus venas circula sangre del mono? ¿Qué decir de esa doctrina, que arrojando al hombre del elevado trono en que le colocó el Creador, le rebaja hasta el nivel de los animales? ¡Con cuánta justicia se ha dicho que la razón humana, cuando cierra sus ojos á la luz de la revelación cristiana, desciende rápidamente por la pendiente del error, hasta resucitar y abrazar los más grandes extravíos de la filosofía pagana!

Para abandonar la fe que tan maravillosos fulgores despide sobre el nobilísimo origen y naturaleza del hombre, se apoyan los materialistas, á falta de razones, en ciertas analogías que existen entre el cuerpo humano y el de los brutos; no faltando entre ellos quienes, para de-

fender la evolución materialista, recurren á explicaciones las más grotescas. Sirva de ejemplo á este propósito lo que enseña Delamethrie, cuando dice que si el hombre, á pesar de descender del mono, tiene la nariz prolongada, es debido á que la casta de monos de que procede tenía un catarro cerebral.

Sin embargo, nada más cierto, señores, que las diferencias esenciales, que entre el hombre y el mono establecen los datos anatómicos, son tan profundas y marcadas, que destruyen completamente las afirmaciones del materialismo. Profundos y concienzudos estudios de anatomía comparada, llevados á cabo por los más eminentes anatómicos, demuestran que nada de común existe entre el hombre y el mono que nos autorice á admitir el origen simio del primero. Bianconi, Gratiolet, y principalmente Aëby, fundándose en prudentes observaciones y reiteradas experiencias, han demostrado que la distancia, que separa al hombre del mono, es incomparablemente mayor, que la que media entre éste y los demás animales, hasta el punto de que, según la gráfica expresión de Aëby, debemos considerarle como una isla solitaria,

que no se halla unida por puente alguno á la vecina tierra de los mamíferos. Ya se examine la estructura general del cuerpo humano, ora la columna vertebral, el cráneo, la mano y el pié, se llega siempre al mismo resultado: que entre el hombre y los antropomorfos media un abismo, desde el punto de vista anatómico, que no nos es permitido salvar. Es más: el estudio comparativo entre el hombre y el mono llegó á demostrar perfectamente, que sus principales órganos se desarrollan en orden inverso. Ahora bien; si es una ley constante en la naturaleza, que seres semejantes se desarrollan de un modo semejante también, ¿cómo puede sostener el materialismo que el hombre procede del mono, fundándose en la analogía que existe entre ambos?

Y por otra parte, ¿cómo se explica en esta hipótesis que el hombre haya perdido el pelo, que cubre la piel de sus ascendientes los antropomorfos? Si según los Darwinistas la selección natural tiende á conservar y aun á desarrollar aquellas modificaciones que aparecen en los individuos, siempre que sean ventajosas para la lucha por la existencia y para la permanencia en

la vida; ¿cómo no se ha conservado y aun aumentado en el hombre la peluda piel de sus ascendientes, no obstante serle tan conveniente, especialmente en los países del norte, para preservarle del frío? Sabeis, señores, lo que contesta Darwin á esta no despreciable dificultad? “Nuestros antepasados, escribe con toda la formalidad de un sabio, nuestros antepasados, hombres á medias, y en vías de evolución, adquirieron la costumbre de acostarse sobre la espalda. Perdieron así poco á poco el pelo del espinazo y de las demás partes en contacto con el suelo. Y como el estado del cuerpo que ha perdido una parte de su pelo, debía ser muy desagradable, se comprende perfectamente que la selección sexual dió bien pronto cuenta de los mechones sueltos que le quedaban (1).” Grotesca explicación que ni aun satisfizo á Wallace, cofundador y entusiasta defensor del sistema. He aquí lo que dice, ocupándose en esta materia: “Paréceme, pues, absolutamente cierto, que la selección natural no hubiera podido producir la desnudez del cuerpo humano, por la acumula-

---

(1) Citado por F. Duilhé de Saint-Projet, obra mencionada.

ción de variedades, á partir de un antepasado velludo..... La conclusión, que creo poder deducir de estos fenómenos, es que una inteligencia superior ha guiado la marcha de la especie humana en una dirección definida para un objeto especial, de la misma manera que el hombre guía la de muchas formas animales y vegetales (1).“

Confieso, señores, que si no fuera necesario violentar la doctrina de la Iglesia expresamente consignada en la divina revelación, muy poco trabajo me costaría conceder al transformismo materialista, que el cuerpo del hombre no ha tomado su forma definitiva, sino después de una larga serie de evoluciones por todo el reino animal. Mas, ¿cómo puede explicarse la existencia del alma sin el misterio de la creación? ¿Será que el alma sea producto de las metamorfosis de la materia, y que todas sus facultades no son otra cosa, que funciones del cerebro que segrega el pensamiento de su sustancia, como el hígado segrega la bilis y los riñones la orina (2)?

---

(1) Véase la obra de Polo Peirolón *Supuesto parentesco entre el hombre y el mono*.

(2) Cárlos Vog. Véase Hethinger, obra mencionada.

¿Será verdad que el pensamiento es un movimiento de la materia (1) y que de la misma manera que la máquina de vapor produce el movimiento, así el organismo animal produce esa suma de efectos, que enlazados con una unidad, llamamos alma, razón y pensamiento? (2).

Pero, ¿cómo conciliar, señores, estas monstruosidades, que patrocina y defiende el materialismo, con los hechos de que nos da testimonio nuestra conciencia? Si las funciones del alma no son otra cosa, que meras reacciones químicas; si el pensamiento es efecto de una fuerza material; en una palabra, si el hombre no es más que el producto y una evolución de la materia, ¿cómo se conciben la unidad é identidad de la conciencia, por las que el hombre se reconoce como un ser sustancialmente único é invariable, á pesar de la multiplicidad de elementos y de la mutabilidad incesante de la materia que constituye su cuerpo?

Es evidente, señores, pues de ello nos da testimonio nuestra conciencia, que uno sólo es el sujeto que en nosotros siente, piensa y quiere.

---

(1) Molescot.

(2) Büchner.

Pues bien; esta unidad del alma, esta unidad del principio vital, universalmente admitida por todos los psicólogos, no tiene explicación en la hipótesis materialista.

En efecto; si el cerebro es el órgano generador de las funciones vitales, ¿cuál de los innumerables átomos que constituyen su masa, es el que siente, piensa y quiere? ¿Se pretenderá acaso que es cada átomo por sí mismo? Pues en este caso habría que admitir en nosotros tantas sensaciones, pensamientos y voliciones cuantos son los átomos que constituyen la masa cerebral.

Y ¿existe hombre alguno, aunque sea materialista, que se atreva á admitir semejante absurdo? Si se dice que á cada parte ó átomo del cerebro corresponde una parte alícuota de sensación, volición ó idea, resulta un absurdo no menor; porque prescindiendo de que esto no es menos opuesto al sentido íntimo, que no distingue partes en nuestros actos vitales; prescindiendo de que en esta hipótesis, percibiendo cada átomo tan sólo su parte de sensación, volición ó idea, é ignorando las partes correspondientes á los demás átomos, no se daría en nosotros acto alguno vital completo; ¿qué es, señores, una

tercera, décima y aun millonésima parte de una sensación, de una volición, ó de un juicio, especialmente si el objeto de esta volición y juicio es inmaterial, como la virtud, la justicia y el deber?

¿Acaso entre los millones de átomos constitutivos de la masa cerebral, uno sólo es el que siente, piensa y quiere? Pues una de dos; ó este átomo es compuesto y material, ó es simple é inmaterial. ¿Es compuesto? En este caso queda en pié la misma dificultad anterior. ¿Es simple é inmaterial? Luego no es el cerebro, ni órgano alguno material el principio de nuestros actos vitales. Luego es preciso admitir en el hombre alguna sustancia inmaterial; es preciso admitir en el hombre la existencia del alma, la cual, como todo ser simple y espiritual, sólo pudo comenzar á existir por la creación de la nada.

Quizá pretenda el materialismo eludir la dificultad, diciendo que el principio de nuestros actos vitales es el conjunto del cerebro, y no cada átomo de por sí. Mas yo pregunto: ¿qué es el conjunto del cerebro, sino la reunión de los átomos que lo componen? Y, ¿cómo puede suponerse que piense el conjunto, ó unidad sintética del cerebro, sin hacer pensar á cada uno de los

elementos, ó miembros analíticos de que resulta? Imagínese, en la hipótesis materialista, que los átomos del cerebro no piensan; ¿qué es entonces lo que piensa en tal cerebro? Y, si piensan, volvemos á la hipótesis extravagante de un número incalculable de principios de vida.

También la identidad del alma protesta, del mismo modo que su unidad, contra la hipótesis materialista.

Nuestra identidad es una de esas verdades de cuya existencia nadie puede dudar, pues la conciencia nos dice que somos siempre los mismos, á pesar de la rapidez con que se suceden los fenómenos de nuestra existencia. Cada uno de nosotros tiene completa certeza de que, desde su infancia hasta la edad presente, ha conservado su mismo ser personal, su mismo yo, sin que éste haya experimentado cambios ni transformaciones, como los han experimentado sus vestidos, sus facciones, sus formas y hasta su cuerpo. Yo que en este momento escribo, me conozco el mismo que ayer meditaba y que en pasados tiempos dudaba é ignoraba.

Por otra parte, la materia, semejante á un río que corre rápidamente, sucediendo una onda

á otra onda, está en incesante y perpetua circulación en todos los organismos, tanto que, rigurosamente hablando, el hombre material no permanece dos instantes idéntico á sí mismo. Experimentos realizados con toda escrupulosidad, y comparados desde diversos puntos de vista, han demostrado que no sólo se renueva nuestro cuerpo sucesivamente y todo entero, molécula por molécula, sino que esta renovación incesante se efectúa con asombrosa rapidez. Las moléculas que en días anteriores formaban parte de nuestro cuerpo han sido eliminadas de él, han ingresado paulatinamente en otros cuerpos orgánicos, ó inorgánicos, y actualmente se ven mecidas en las nubes, agitadas en las olas, sepultadas en el suelo, prohijadas por las plantas, ó por los animales y nuestra sustancia ha cambiado completamente.

Ahora bien; ¿cómo puede la escuela materialista conciliar su teoría con el hecho incuestionable de la identidad del alma? Si en el hombre no hay más que materia, sin un principio espiritual, ¿cómo puede pretender que unas moléculas, que no hacen más que atravesar el organismo, sean la base y fundamento de la identidad

inalterable que reconocemos en nuestro ser?

¿Se dirá acaso que no todo cambia en el cuerpo humano; que hay en él algo inmutable, que constituya el fundamento de la identidad? ¿Se dirá acaso que el cerebro no se renueva todo entero, y que hay en él un último fondo, donde no penetran los cambios?

Puédese contestar á esto, en primer lugar, que semejante explicación no pasa de ser una hipótesis gratuita, puesto que no se apoya en experiencia alguna; es una hipótesis de circunstancias, exigida por la necesidad apremiante de la discusión, pero que no está fundada en hecho alguno positivo. En segundo lugar, ese átomo que se supone inmutable y escondido entre los pliegues del cerebro, y que constituye la identidad individual, ¿es materia organizada, ó no lo es? Si es materia organizada, ¿cómo puede sustraerse á las leyes generales de toda materia organizada, entre las cuales figura el cambio y renovación incesante de moléculas? ¿Cómo, pues, ha de ser invariable? Y, si es inorgánica, ¿dónde ni cuándo se ha visto que la materia inorgánica pueda pensar? ¿No nos demuestra la experiencia que el pensamiento está siempre

ligado á la materia organizada? De modo que, en definitiva, esa materia que fantasea el materialismo, no debe ser inorgánica, ni organizada, que son las dos únicas formas conocidas; es decir, que no sería materia; no quedándole por consiguiente al materialismo otro medio que admitir la existencia del alma inmaterial, si ha de reconocer, como no puede menos de hacerlo, la identidad de nuestro ser.

Es, pues, indudable que la creación es un misterio no sólo racional, si que también necesario. Ora consideremos el átomo material, ó la materia de que se formó el universo; ora contemplemos el movimiento y el admirable orden que resplandece en todos los seres, igualmente que el origen y desarrollo de la vida; ya, finalmente, estudiemos la naturaleza del hombre, es preciso reconocer la intervención de Dios en el origen y en la formación del mundo. Sin esta intervención divina; sin el acto misterioso de la creación, nunca podrá explicarse el origen y la naturaleza de los seres.

---

Séame permitido, señores, antes de terminar este pobre trabajo, formular una protesta contra la hipótesis materialista, que despoja á la humanidad de su más valiosa presea; contra esa hipótesis que, reduciendo la racionalidad á la humilde categoría de las fuerzas físico químicas, arrebatada de la frente humana la refulgente aureola con que le adornó el Creador, y confunde con las más ínfimas criaturas al ser más noble de la creación. Esa hipótesis es un atentado contra el ser racional, es un delito de lesa humanidad. Mas ésta, sin distinción de clases, protesta enérgicamente contra las locas afirmaciones del materialismo, sintiendo sublevar su corazón ante la humillante idea de ver las sublimes facultades del alma pasadas por el tamiz de las ciencias experimentales, y transformadas en groseras manifestaciones de la materia bruta. ¿Quién ha dado jurisdicción á las ciencias empíricas para entender en cosas suprasensibles? ¿Qué son la química y la física ante la inteligencia, destello divino, que al desplegar sus alas de águila, escruta los espacios inconmensurables, y rasga el tupido velo que encubre las leyes del universo? ¿Qué es la mecánica en presencia de la

voluntad, la que, venciendo toda clase de resistencias, transforma el mundo, sometiendo á servidumbre la materia tosca é indomable? No, esas maravillosas energías no pueden ser hijas de la materia inerte ó de las fuerzas comunes de la naturaleza. Preciso es que una fuerza más elevada, superior á los cambios de la materia y cuyo alcance se extiende más allá del ojo físico, sea la base de semejantes energías, el sostén y la condición de su poder.

HE DICHO.







N. 41150









